

B E L L A   A   L A S   O N C E

EJERCICIO NARRATIVO

*José Balza*



Apartó sólo una hoja y ese gesto le descubrió la nueva forma del matorral: árboles ahora aislados entre la hierba muy alta. Detrás de sí quedaba la espesura informe, troncos y ramas de superficies viscosas. Podía ver el largo terreno que lo esperaba porque la noche era clara; pero todo parecía sin límites, tierra y monte entrettejidos. Desde donde miraba nadie hubiese sospechado la proximidad de las casas; la noche confundía. Pero él sabe que a su izquierda, en fila oscura, el poblado se extiende de espaldas a ellos, al borde del gran camino o de la agrietada carretera. El casco le molesta en una de las orejas y las horas de espera han sido minuciosas: casi desde el atardecer. El hombre sabe, además, que muy cerca otro compañero suyo vigila también y que para ambos diferenciar cualquier sonido de un ruido sospechoso forma parte de su pericia. El ángulo es preciso: por un lado los campesinos, que darían la voz de alerta porque son inocentes, porque al encender cualquier luz o sólo al abrir una puerta se delatarían; y por el otro, desde el norte y desde el lado izquierdo del viejo camino, los hombres del destacamento. Apartó esa hoja y el grueso terreno vino como una visión sobre él: desafiante, inocuo. Estrujó una parte de la hoja; ni siquiera obtuvo un olor particular, sólo humedad vegetal, penetrante savia. ¿Serían las once? No se inclinó hacia su reloj. En su pueblo las once del día están marcadas por flores moradas, por *bella a las once*. Tal vez sea media noche; una hora sin flores como diría su abuelo.

64

Pronto recibirá la señal de avance: pronto los hombres, protegiéndose unos a otros y arrasando el terreno, marcharán hacia el sur. El soldado se inmobiliza un instante: puede verse a sí mismo apartando helechos y palmas para entrar a un pequeño camino; es él quien corre ahora detrás del abuelo, también en la oscuridad, y le habla con vehemencia y lo sigue a golpes mientras su abuelo guarda silencio y dirige la linterna hacia adelante. Desde su pequeña estatura observa la espalda y el sombrero del viejo y salta tratando de ir a su paso sin lograr igualarlo. Un niño y el viejo cruzando el camino que va desde el rancho hasta los más lejanos sembrados. Esa vez era temprano y sin ninguna claridad; tal vez las nueve, sin flores como decía el abuelo.

El soldado ve la hora; algo más de media noche. Increíble que esté aquí: por imbecil, ya ni siquiera tiene edad para el servicio: es mayor. Pero lo reclutaron hace año y medio en El Guapo, y de allí al cuartel de Los Teques y de éste al de San Juan de los Morros, fue una sola cosa. A los 18 años llegó al cuarto de bachillerato; sin saber cómo perdió la libreta militar meses después de haberla obtenido en Maturín y precisamente en ese viaje a Caracas lo encuentran sin ella. Nada pudo alegar, nadie lo escuchó. Es verdad que lo han tratado bien en todos los sitios, y que no han tardado en reconocer sus estudios. Pero él hubiera querido otra cosa: enfermería, por ejemplo, antes que el Cuerpo de Cazadores. Del mismo modo como abandonó el campo al morir el abuelo (y su mamá quién sabe dónde estaría después de tantos años) así abandonó el Liceo y a Nilda y a las tías que lo recogieron en Maturín: se venía a Caracas. Si algo desea ahora es que suceda cualquier vaina de una vez: y para colmo se le viene únicamente el recuerdo de aquella noche con su abuelo. Evoca a Nilda o a Carmencita, y nada. Un maldito azar lo transforma: es él a los ocho años quien va detrás del viejo, enredándose en la oscuridad, molesto porque el abuelo no le contesta e inseguro de haber comprendido lo que está pasando. Es curioso: sólo ahora siente el leve olor de la hoja rota; lo tiene en los dedos y un poco en el cuello del unifor-

me. Está alerta, seguro. Vigila el fondo del terreno, hacia donde las casas terminan en corrales: nada. El resplandor incierto emerge de los bosques.

Y allí el soldado ve al niño y al viejo caminar. Y ve de nuevo la llegada de Carrasquero, su inquieto tío, casi demasiado joven para ser tío suyo. Puede el soldado repetir la sonrisa parca del abuelo, sus prevenciones: ¿a qué muchacha jodería Carrasquero que se venía al monte sin avisar? El abuelo y el niño y la mujer oscura que vivía con ellos, lo recibieron, sin embargo, muy alegres. Carrasquero traía el primer *blue jean* visto por el niño: planchado a las piernas musculosas, claros en contraste con la camisa tejana de rojo fuerte. El tío y el niño: días de errabunda fiesta por los riachuelos y los montes; Carrasquero podía hacer lo que fuese siempre que se le pidiera como trabajo. Hombre sonriente, de rostro a medias cubierto por el gran copete de pelo liso y llameante: hombre nocturno, nervioso. El abuelo nada le preguntó acerca de su presencia. Carrasquero se adueñó del niño y de la vieja que los acompañaba; desaparecía por las noches, dormía hasta tarde y cantaba a gritos. Y únicamente ese día vino con el cuento de la cacería. La noche anterior debió haber hablado con gente de más adentro del monte, gente de poblados que nada sabe. Al amanecer interrogó al abuelo sobre las trampas para dantas. El soldado medio sonrío en la sombra: el abuelo cazaba dantas; si Carrasquero se hubiese interesado por el viejo lo habría sabido al llegar; pero sólo ahora preguntaba esas cosas. A Carrasquero no le interesaba la cacería propiamente sino el reto de los otros pobladores, el embrujo. “¿Es cierto, viejo —preguntó como indiferente— que matar dantas trae mala suerte?” Y el abuelo no contestó pero se dejó seguir por Carrasquero hasta más allá de los conucos, y le indicó la forma de elevar las estacas con seguridad y cómo tender la cuerda y, finalmente, la mejor manera de ubicar la báculo frente a la trampa. De una vez aprendió Carrasquero el procedimiento: terminaron a mediodía y sólo al atardecer pusieron la báculo cargada. En la noche, cuando el animal cayera, el disparo mismo les avisaría. Era esto lo que el niño había visto tantas veces con el abuelo solo; y era lo que no podía comprender mientras trataba de apartar las hojas cortantes, los cadillos y bejucos para estar al lado de su abuelo, que avanza hacia el límite de los sembrados, hosco, definido entre la luz de la linterna. El soldado huele el vigor de la noche. ¿Hubo algo más en el obsesivo sentimiento de Carrasquero? ¿Sabía él lo que iba a suceder? Tal vez quería probar la muerte pero el niño no lo entendió. Y sólo ahora el soldado explora por sí mismo aquello que corroe la vida. Hay algo de viento y parece como si comenzara a lloviznar. Tiembla y sin embargo descansa: es ahora. Para algo lo jodieron con cuarteles y encierros en estos meses; por fin podrá vengar de algún modo su alejamiento de Nilda, la pérdida de sus actos voluntarios. Ese sonido de llovizna es conocido para él: en la oscuridad brillante siente cómo sus compañeros del destacamento deben estar pasando por lo mismo; no tardará en llegar el crujido leve que es la señal y entonces avanzarán contra esos cuerpos que se arrastran —invisibles, frente a ellos— entre la hierba alta. ¿Cuántos serán? ¿Sólo uno podría producir esa impresión de lluvia debajo de las ramas? A lo mejor: ellos están cansados y confundidos; desde hace tres días los soldados les reducen el campo por donde podrían acercarse al poblado.

65

Para el soldado algo brilla como negrura en la distancia: la silueta de su abuelo; están ya cercanos al pequeño monte donde Carrasquero y el abuelo tendieron la trampa esta mañana. Van hacia allí, el camino se amplía. Porque esa tarde el tío no salió. Husmeó al viejo, nada dijo y andaba como con hormigas en el cuer-

po. Comieron bola de plátano y un guiso de iguanas. Al atardecer el abuelo se metió en su pabellón pardusco, colgado ahí mismo, cerca del humo. El niño estuvo con los perros y con la vieja y finalmente acompañó al tío. Carrasquero se sentó, caminó, tosió. Algo lo aturdió; dos veces se atrevió a molestar al viejo: "Abuelo: ¡ya no tarda en caer! ¿Nos acercamos?" Y el abuelo gruñía. No. El niño se tendió en su cama de lona; Carrasquero pretendió dormir algunos minutos. ¿Eran las nueve? De noche no hay flores para las horas, decía el viejo. Y de pronto el grito del joven tío: "Un disparo, abuelo, un disparo". Todos despertaron; el viejo no hizo caso y el niño se sentó en el catre: apenas tuvieron tiempo para ver a Carrasquero que corría hacia el conuco, como dormido y a la vez enloquecido. Sus pasos vibraron en la noche. El hombre corría sin linterna y sin un tizón; la oscuridad ardía, seca. En la casa los últimos vestigios del fuego humeaban aún. Y sólo entonces algo cambió: la dirección de las hojas, el fulgor de las brasas: desde los últimos sembrados venía el fragor denso de un disparo. Esta vez sí el abuelo saltó y tomó la linterna; llamó a la vieja y gritó: "Qué locura, Dios mío; qué hombre este..." Tomó el sombrero y se lanzó hacia el fondo del patio, hacia el camino del conuco. El niño estuvo indeciso unos instantes, no sabía si seguir al viejo o esperar sus órdenes, como ahora lo hace el soldado que suda sin darse cuenta y mira atento al frente, tratando de ubicar en el terreno cada uno de los árboles grandes o los grupos de plantas que pueden servir de escondite. Ya no tardarán en avisarle; ya casi sabe que debe avanzar. El soldado apresta el arma por última vez: insiste en un gesto que evuelve la perfección. Nada de luces ni de ruidos en el poblado: aun ellos no han llegado a las casas; aun deben estar aquí, asombrados de poder acercarse a los corrales. ¿Cuántos serán? ¿Sólo uno? A lo mejor se está engañando con ese ruidito de llovizna que acaba de imaginar. La oscuridad vierte la tierra desde su propio fondo. Pero no: no se engaña; aunque no haya llegado la señal, el soldado comprende que en unos segundos podrá luchar y vengarse: cerca de él —no tan cerca como para estar seguro— algo se ha movido. Desde su sitio una rama gruesa cambia de posición lentamente: una rama contra el cielo arenoso. Ya sabe dónde está el que le corresponde; no ve nada pero allí hay un hombre; el movimiento de la rama lo demuestra. Avanzar, va a avanzar. Y su abuelo abre la luz sobre el pequeño campo de cacería; la trampa está desarmada, las ramas caen sobre un cuerpo ensangrentado. Ni huellas de la danta ni olores en los arbustos destrozados. Sólo el calor de la noche, la inmovilidad del aire y el angustioso ronquido del abuelo: sus palabras confusas mientras se acerca al cuerpo muerto de Carrasquero. "Pero cómo. Qué hombre, Dios mío. Si no había sonado nada y él se viene corriendo encima de ésto, Qué hombre..." Y el niño no quiere ver la sangre en la noche y entender porque el soldado no se atreve de pronto a herir, a destruir, a hacer algo para desobedecer. Pero es un instante: el soldado está escuchando ahora el zumbido último: la señal. Ignora cómo procederán los demás: si hay otros guerrilleros cada quien tomará el suyo; y a lo mejor sólo bajó éste que ha descubierto. No importa que los otros soldados vayan con cautela; él sabe dónde está su enemigo y hacia allí dirige todo. Pero procede con calma, como reorganizando estos meses que el ejército le quitó. Pasa con velocidad frente al grupo de arbustos donde sabe que está el hombre escondido. Luego se aleja; corre más allá: es un suicidio, el otro puede adelantarse. Pero el soldado está seguro que no lo hará: las luces del destacamento hurgan todo el terreno menos esta parte: y aquí él no ha encendido su foco. Aquí no quiere claridad, está seguro. Y entonces corre hacia el sur, con fuerza; pasa muy cerca del lugar donde

se esconde el otro: quiere darle esa idea, eso de que se salvará, que nadie lo ha visto porque permanece aun entre sombras y porque los soldados pasan gritando y arrasando todo alrededor, hacia el final del terreno. Y cuando el guerrillero debe estar en el límite de sí mismo, tanteando la vida que es esa sombra de la tierra y la ferocidad de los soldados alejándose, él regresa hacia el arbusto. Se acerca con cuidado; toca la misma rama que antes vió moverse, y enciende el poderoso foco sobre el rostro pálido de un hombre que únicamente se siente encandilado. La ráfaga lo recorre simultáneamente. Se encoge y queda quieto entre la ondulación del monte. El soldado ajusta los labios; podría echar marcha atrás y descansar un instante, pero se une a los otros, seguro de su fuerza, expléiteo consigo mismo.

